



Postigo Vidal, Juan, *La vida fragmentada. Experiencias y tensiones cotidianas en Zaragoza (siglos XVII y XVIII)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, 370 págs., ISBN: 978-84-9911-351-7

Se disculpará que tome la licencia de comenzar diciendo: *La vida fragmentada* es una obra muy atractiva. El porqué de esta afirmación no se encuentra únicamente en la cuidada edición que ha realizado la IFC ni en el sugerente título del libro. Se encuentra en las 350 páginas de texto, que aunque no tratan un tema novedoso –la *Alltagsgeschichte* ya cuenta con varios decenios de edad–, sí lo es en la forma de presentarlo y el caso estudiado. El discurso ofrece un estilo literario muy cuidado y calmado; despliega unas reflexiones reposadas, fruto de la investigación de varios años.

El presente libro es una parte de la tesis del doctor J. Postigo sobre la vida cotidiana en la ciudad de Zaragoza durante los siglos XVII y XVIII. Como el mismo autor declara al inicio del mismo, la definición de *lo cotidiano* es complicada ya que se trata de un término coaccionado y condicionado. Haciendo un repaso a autores de la talla de De Certau, Foucault, Eliás o Bourdieu, se proporciona al lector la visión de cotidianidad como tensión entre la diversidad de las gentes. Debido a las fuentes consultadas, la obra se centra en Zaragoza; esto no impide que pueda ser un microcosmos al que asomarse para poder apreciar los rasgos culturales de la civilización occidental.

El trabajo está dividido en tres secciones. Las dos primeras tratan, respectivamente, de la vida del tercer estado y de los privilegiados. La tercera se dedica en exclusiva a la religiosidad del conjunto de la población, principalmente a través del objeto sagrado y sus características. Estos tres capítulos en conjunto brindan al lector un estilo literario sugestivo, pausado y tranquilo. Sin caer en lo novelesco o perder el rigor, conforme se pasan las páginas, es posible pasear por la Zaragoza moderna, adentrándonos por los rincones más ocultos de las viviendas y las vivencias de sus vecinos. Más aún, el autor se ha esforzado –y alcanzado con éxito– en que sea posible recibir parte de los estímulos sensoriales que pudieron alcanzar al viandante de la ciudad en la época moderna.

Teniendo esto en cuenta, el primer capítulo arranca con un paseo por las calles. Mediante dicho recorrido, el autor concatena una serie de elementos insertos en la cotidianidad de los habitantes de Zaragoza: los artículos de la botiga de un comerciante, los pregones, los carteles impresos o manuscritos clavados por las calles. Se dedican unas líneas también a la música y el tiempo eclesiásticos; así el “viandante” es plenamente consciente de los ritmos y sensaciones que lo rodearían en este recorrido virtual. Tras esta panorámica, las puertas de varias casas se abren al lector; así, puede introducirse como visitante en alguna vivienda de los no privilegiados.

Mediante los inventarios efectuados *post mortem*, así como a través de diversos pleitos, se describen de forma pormenorizada los problemas, tensiones, inquietudes

y espacios cotidianos. Se comienza con los agricultores, cuya actividad era predominante en la capital del reino de Aragón. La propiedad de la tierra –principalmente en manos eclesiásticas–, los lugares de almacenaje y transformación de materias primas, los problemas por guardar festivos cuando la profesión obliga a realizar distintas faenas. También se presta atención a los pocos y destartalados muebles así como al predominio de objetos viejos en el interior de las casas. Si de algo había relativa abundancia, era de herramientas para las labores agrícolas, también de cierta antigüedad por lo general. Por último, escasas muestras de religiosidad, pero desgastadas por el uso diario: estampas, crucifijos, rosarios... El mundo agrícola apenas sufrió cambios sustanciales a lo largo de los dos siglos que abarca la investigación.

Frente al estático mundo agrario, se contraponen el dinamismo de lo artesanal. El autor destaca la microcomunidad que crearon los distintos gremios, cada una con sus normas de carácter religioso y obligaciones, así como sentimientos de cohesión e identidad. Se organizaban en torno a los talleres, los maestros y sus familias.

Por otra parte se encontraba el mundo mercantil, que pese a disponer de sumas importantes de dinero, seguía perteneciendo al estamento no privilegiado. Este sector económico permite al autor exponer una serie de pequeños detalles cotidianos, como la existencia de usureros, falsificadores, adulteradores de distintos productos. Para ello existía la figura del almutazaf, quien debía vigilar precios, mercancías, medidas, etc. De no cumplirse los controles de calidad, las distintas mercancías defectuosas acababan en una pira enfrente de la Seo; aviso que no siempre disuadía a los posibles timadores. Para las transacciones económicas existían unos pequeños intermediarios que facilitaban la conexión entre el productor y el mercader, quien más tarde colocaría el producto. Estas personas eran conocidas como corredores de oreja, encargadas de mantener abastecidas las botigas con mercancías al mejor precio posible.

Las botigas, locales que acabamos de mencionar, contenían prácticamente de todo para la vida, desde telas a cosméticos, pasando por grano o frutos secos. La diversidad de la oferta se fue incrementando a lo largo del XVII y XVIII, principalmente con objetos “de lujo” que eran meras imitaciones o pequeños utensilios que se masificaron, véase el caso de abanicos y estuches. Las clases no privilegiadas eran incapaces de reproducir el lujo con el que vivían los de posición superior, igual que sus maneras refinadas. Por ello mismo, la solución vino de imitar la imagen externa, algo más sencillo gracias a las falsificaciones, reproducciones en peores materiales y expansión de determinados enseres.

El tercer capítulo, llamado “Vidas fabulosas”, continúa el libro analizando ahora las experiencias de la sociedad privilegiada. Arranca con el morboso asesinato de la vizcondesa de Torresecas, gracias al cual se desgranar los aspectos principales no sólo de la vida material, sino de gestos, costumbres y usos. Prodigalidad, ostentación y regalo fueron elementos intrínsecos de los más poderosos como medios de proyectar su imagen de preponderancia.

Como ya quedaba apuntado en el apartado anterior, las clases menos pudientes no podían llevar el tren de vida de los poderosos. Incapaces de hacerlo, la única manera posible de destacar era mediante la apariencia personal. Si bien jamás tendrían ropajes tan suntuosos, era relativamente sencillo adquirir imitaciones o utilizar objetos de calidades inferiores. Al producirse esta copia de la apariencia externa, el propio orden social corría peligro, puesto que distinguir distintos estatus sociales se convertía en algo complicado. La respuesta de los privilegiados fue el cambio de distintas modas o la adquisición de nuevas; si esto era inviable, la creación de rituales o

modales alrededor de ciertos objetos era un mecanismo que sentaba la diferencia. El chocolate es un ejemplo paradigmático de esto mismo.

La casa era un aspecto por el que destacaba el estamento privilegiado; no implicaba esto que tuviera que ser de proporciones monstruosas sino el poder disfrutar de las mismas: es el concepto del *confort*. Fruto de esto era normal mudarse en verano a las plantas más frescas y en invierno a las más recogidas debido a la incapacidad técnica de ofrecer mejores soluciones térmicas.

En los interiores de las casas privilegiadas destacaban los espacios dedicados a la vida social, entre los que se incluía el dormitorio. Criados, esclavos, continuo trasiego de profesionales o reformas constantes eran símbolos de poderío económico, así como también el consumo del chocolate, el tabaco o la nieve. La creación de elementos y ritos sofisticados fue tónica general, conforme los productos se extendían a las capas inferiores, se convirtió en la única manera de mantener la referida distinción. Otro elemento diferenciador del resto de gentes era el medio de transporte por las sucias calles de la ciudad moderna; así, el coche de caballos acabó siendo una extensión del interior lujoso de las casas, adornados con toda suntuosidad. Por último, los comportamientos correctos debían ser interiorizados desde la más tierna infancia para desenvolverse correctamente en sociedad: higiene, modales, jerarquías, distancias y postura. No deja de ser curioso el pequeño epígrafe dedicado a la afición por esputar constantemente y en cualquier parte de la casa.

El último apartado del libro es el dedicado al objeto devocional, ahora sin distinción estamental alguna. El Concilio de Trento dedicó atención al culto y veneración de reliquias e imágenes, las últimas fueron de uso masivo. De hecho, tanto en hogares modestos como más pudientes, los elementos decorativos eran principalmente de carácter religioso. La escultura religiosa de todo tipo se popularizó de modo universal a partir de la década de 1720. Proliferaron también otros elementos a escala masiva como medallas o pequeñas cruces; no faltaron tampoco en este ámbito las falsificaciones, lo cual era de extremada gravedad por atentar contra los pilares de la fe. También se demuestra a lo largo de las páginas la importancia de la imagen a la hora de generar una devoción específica; queda claro con los ejemplos de la Virgen de Cogullada y la del Portillo. La primera por no tener nada característico y la segunda por su complejidad pictórica. Por ello, prevaleció aquello que pudo generar una imagen simple y poderosa, como fue el caso de la icónica Virgen del Pilar.

El otro puntal de la Contrarreforma fue el culto a los restos de los santos, las reliquias. Si su veneración aumentó paulatinamente tras Trento, pero siempre restringida a los más pudientes, a partir del siglo XVIII, artesanos y labradores acomodados fueron capaces de obtener los preciados restos. Se rastrean en botigas de comerciantes, listas para la venta; esta rápida expansión conoció su clímax a mediados del Siglo de las Luces, para descender tan bruscamente como había ascendido. Evidentemente, existían categorías, siendo las reliquias más preciadas los restos martiriales (como hierros, por ejemplo). Para finalizar este apartado, el autor trata sobre la campaña publicística generada por el Pilar, que aunque no generaba objetos que exponer en la casa, logró que su devoción aumentara exponencialmente a lo largo del XVII. Pese a que hubo grandes polémicas entre partidarios y opositores a la tradición pilarista, al parecer, estas no afectaron lo más mínimo a la devoción mariana de la ciudad.

Termina el libro dando por satisfecho el objetivo de profundizar en el desarrollo material y simbólico producido entre el siglo XVII y XVIII. Se ofrece al lector una serie de conclusiones decantadas a lo largo de la lectura y reunidas en unas po-

cas –pero concentradas– páginas. Los problemas surgidos entre dogma y necesidad; cómo podía alterarse la paz social cuando alguien intentaba sobrepasar las dichas necesidades, a las que era preciso ponerles coto. El poder fue el encargado de marcar estos límites de lo permitido, lo legal o lo simplemente tolerado. El autor señala el problema que producían los nuevos sistemas económicos emergentes en un mundo de inflexibles normas dogmáticas, aunque quizás sea esta una idea menos palpable a lo largo del texto que requiriese algo más de desarrollo.

Sin embargo, considero que una de las ideas más importantes del libro, manifiesto a lo largo de sus páginas, es precisamente esa suerte de *carrera del consumo* que desarrolló la sociedad. Tanto los privilegiados como los que no lo eran, se vieron en la necesidad constante de introducir nuevos objetos y gestos en sus vidas, lo que producía la inversión de buena parte de sus ingresos. Los primeros lo hicieron para diferenciarse del resto y mantener su estatus preponderante; los segundos para equipararse a los privilegiados y aparentar una condición distinta a la que por naturaleza les correspondía. Así se produjo un consumo constante y cambiante de nuevos productos, nuevos gestos y nuevas imitaciones.

Por último, retomaremos la idea que se exponía al principio, el atractivo. Creo que nos encontramos ante un libro de historia magníficamente redactado, con una sólida base documental –inventarios *post mortem*, pleitos...– que el autor ha sabido transformar hábilmente en un discurso sugestivo y, sobre todo, sensorial. El recurso a los sentidos es constante a lo largo de la obra, principalmente en el inicio. Estamos ante un trabajo que ha sabido combinar con muy buen resultado un estilo literario muy rico y cuidado con una investigación seria y reflexiva.

Jaime Elipe Soriano
Universidad de Zaragoza
jelipe@unizar.es